

EN BUSCA DE LA REALIDAD LITERARIA

¿QUE ES LA POESIA SORPRENDIDA?

Por Antonio Fernández Spencer

Si queremos entender algo, debemos preguntar, *¿qué es, en qué consiste ese algo?*. Hablar sin determinar el objeto de que hablamos no pasa de ser una simple expulsión de palabras. El verdadero decir consiste en decir *lo que es la cosa*. No es un decir más o menos la cosa. Es poder hallar la palabra que dice la cosa, encontrar su consistencia.

Eso que pasa con las cosas acontece también con los hechos.

Si preguntamos, *¿qué es La Poesía Sorprendida?*

Podemos responder, fue una revista que se publicó hacia los años del cuarenta y dejó de existir en esa década. Duró su publicación cerca de cuatro años. Esa revista se ocupaba de publicar poesía de las corrientes de más extrema preocupación estética; pero no desdeña publicar poesía formal, y por eso busca en el pasado, por ejemplo, los altos valores líricos de Quevedo o de un Lope de Vega. Pero también publica traducciones expresamente hechas para la revista de poemas de Eluard, Joyce, Bretón, de Paul Valéry, y colaboraciones de Jorge Carrera Andrade, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas.

Esto es: se dedica esa revista aparentemente a poner al país al día en asuntos poéticos y literarios.

Si *La Poesía Sorprendida* fuese sólo una revista poética, ya no tendríamos nada más que decir. Sería una realidad que terminó en mayo de 1947. Porque después de esa fecha no sale más a la luz del día. Deja de ser un órgano dedicado a la publicación de poemas y de comentarios críticos acerca de la literatura, de la música, del folclor y de las artes.

Pero *La Poesía Sorprendida* fue también la revista *Entre las Soledades*, y más tarde *La Isla Necesaria*. Y, posiblemente, fue *Brigadas Dominicanas* y la *Colección Arquero*.

Una revista poética no se hace ella sola; sino que la hacen hombres y esos hombres tienen que tener un criterio estético determinado o sustentan una serie de criterios estéticos que pueden llegar a un conflicto interno en la mente creadora.

La Poesía Sorprendida no fue, pues, sólo una revista poética o un conjunto de revistas poéticas o literarias publicadas en distintos años de la vida intelectual dominicana.

La Poesía Sorprendida es, esencialmente, la expresión de una determinada actitud estética y ética ante la vida. La estética y la ética representan quehaceres de los hombres. Y el hombre que merece el nombre de hombre es una realidad estética y ética. El hombre sin sensibilidad estética es un hombre bastante disminuido como hombre. Ese hombre se da frecuentemente hasta en las sociedades más penetradas por el hecho artístico y por el hecho literario.

Actitudes éticas o estéticas, de alta importancia, pocas veces se producen en la vida de un hombre o de una colectividad. Y cuando se dan estamos en presencia de hechos de poderosa vitalidad, ante hechos que enriquecen la vida humana. La vida es humana; porque es, ante todo, vida biográfica. Vida que es el resultado del *proyecto* de un individuo, como dice Ortega. El animal no se propone nada. Existe, apenas. Es una máquina biológica. El peor de los hombres —el hombre más disminuido— no se reduce a mera máquina biológica.

¿QUE FUERON ESOS HOMBRES DE LA POESIA SORPRENDIDA? ¿O, MEJOR, QUIENES FUERON ESOS HOMBRES?

La pregunta *qué fue*, conduce a que *cosifiquemos* al hombre; lo saca de su consistencia. La pregunta con el pronombre relativo *quién*, nos dirige hacia una biografía. Esto es: hacia un contenido humano. O, en el caso de *La Poesía Sorprendida*, hacia un conjunto de vidas humanas dedicadas, fundamentalmente, a crear poesía.

La Poesía Sorprendida no fue sólo una revista; sino que fue un conjunto de poetas.

Pero, entendemos que, con ese enunciado, no decimos nada preciso. Poetas encontramos siempre en los pueblos. Además, esos poetas han sido generalmente malos poetas, y, a pesar de eso, figuran en las historias literarias; porque los pueblos no se pueden quedar sin biografías estéticas, ni sin realidades éticas. Y si no las tienen realmente, se las inventan, sin importarles que el invento sea falso.

En cualquier lapso de la vida humana existen poetas que representan la poesía mostrenca y consabida. Es lo común. Hay países que, en siglos, no han producido un solo gran poeta; pero en sus historias literarias se leen cientos de nombres a los que se les llama poetas.

Desde el siglo XIX hasta el año de 1942, la poesía dominicana apenas ha variado en su manera de manifestarse. Los poetas no tuvieron una honda preocupación por el quehacer histórico. Eran poetas a la manera consabida. Servían para satisfacer la poca necesidad estética de un pequeño grupo de hombres sin verdadera conciencia del hecho literario. Esos poetas gozaban de alguna aceptación dentro de un corto radio de la vida intelectual del país; pero no llegan a tener buena acogida allende nuestras fronteras, en otro país en el que quizás existe algún equipo humano de alta cultura.

Y no consiguen salir de nuestras fronteras; porque ellos no se propusieron ser poetas de todos los países; sino que se dedicaban a una tarea de menor calado: a conmover los pequeños grupos literarios de la capital o de provincia. Fueron poetas locales, y se sintieron felices de serlo. Si alguna vez reciben el elogio de algún pequeño intelectual de un país vecino, lo consideran como el fasto de oro de las letras nacionales. Y la carta o el artículo encomiástico se publicaban en un diario, en recuadro, y con alguna glosa en que se comenta el hecho portentoso de que un poeta de estilo consabido cubano o argentino había elogiado a un poeta nuestro. Ese hecho anecdótico era recibido como la gloria literaria, o como la antesala de ella. El poeta no *proyectaba* su poema para obtener una extraordinaria grandeza lírica; pues el hombre que lo produce tampoco *proyecta* su propia vida con la finalidad de realizarla de un modo pleno. A un proyecto de vivir pequeño, corresponde una poesía de modesta importancia.

La meta, poco dramática, de este tipo de poeta era alcanzar buen éxito y éste se obtenía ganando la aceptación de personas educadas que alguna vez leían poemas. Esas personas eminentes del país eran

tremendos desconocedores, por supuesto, de la historia de la poesía lírica, desde los griegos hasta las épocas literarias más recientes. Y el estímulo al poeta y su consagración procedían de esos sectores sin capacidad alguna para dirimir cuestiones estéticas.

Que lo que estamos diciendo no es una deformación de nuestra realidad cultural. Lo prueba el hecho de que en el siglo XX el país nada más ha dado un solo crítico literario eminente: Pedro Henríquez Ureña. Y ese crítico, desdichadamente, no ejerció de modo continuo la crítica de los hechos literarios producidos por hombres dominicanos. Su tamaño como crítico habría disminuido si sólo se hubiese dedicado a comentar nuestra literatura; pero tal vez esa presencia de una alta crítica pudo haber sido un acicate para el talento creador de nuestros escritores. Esa gran oportunidad no se produjo en nuestra literatura.

Los mejores poetas de *La Poesía Sorprendida* —los poetas sorprendidos— no quieren ser ya poetas mostrencos, ni tener aceptación en los grupos intelectuales del país sin ninguna preparación poética. El quehacer en esos poetas no va a ser un quehacer fortuito: algo que se realiza en las horas de ocio y con el fin de atraer a algún lector vecino o amigo.

Esos poetas se proponen hacer algo que no se había hecho antes en la poesía dominicana. Se propusieron ser universales.

Ese es el hecho fundamental que distingue a los mejores poetas sorprendidos. Son los primeros poetas que, de modo conjunto, se dan cuenta de que el quehacer poético es el que más dignifica al hombre y a los pueblos. Supieron esos hombres, desde el comienzo de su labor, que los pueblos sin alta poesía son pueblos mediocres. Pueblos, es cierto, que viven, que están actuando ahí, ante nuestros ojos, sin gran dignidad; porque carecen de poesía propia. Sienten esos poetas que sólo es poesía propia la que expresa de modo convincente valores universales, y que esos valores son los que verdaderamente manifiestan la verdadera dignidad humana. Universal quiere decir humano: lo que corresponde a todo hombre que consigue ser un verdadero hombre.

No es lo humano algo que el hombre recibe ya hecho con el nacimiento; pues es una realidad que le va costando milenios de esfuerzos para obtenerla. Y nunca es una conquista definitiva y para siempre. Existe el riesgo de que en determinadas coyunturas de la Historia se reduzca esa condición humana adquirida por el hombre a

manifestaciones esporádicas y sin ninguna grandeza. Recordemos la vida histórica nacificada en Alemania y reducida, por ello, a una actividad bestial en que el hombre ostenta un crimoso desprecio por los valores humanos de otros pueblos y de otras razas.

Descubren los poetas sorprendidos que en el país no existe ningún crítico preparado para juzgar con eficacia y nobleza el hecho literario universal. Se dan cuenta de que algunos escritores que ejercen la crítica, no son grandes escritores, y comprueban que cuando esos críticos publican poemas de su propia cosecha, tales poemas se muestran muy anodinos.

Se vieron, por eso, obligados a preguntarse: ¿Cómo puede juzgar los aciertos de una prosa o de un poema quien es autor de malos poemas y de una prosa sin ninguna alteza estética? ¿Apoyado sobre qué principios ha de entender el que no sabe pensar al gran pensador que produce el noble espectáculo de un gran pensamiento sistematizado?

Los poetas sorprendidos iban, pues, a escribir poesía universal sin contar con sectores intelectuales con capacidad para juzgarla.

Pues bien, es casi un axioma que la persona que, en posesión de un gran talento, no haya pasado largos años de su vida leyendo de un modo alerta a grandes poetas, no estará preparada para opinar, ni será capaz de tener juicio alguno acerca de la poesía. El tomar conciencia de ese hecho literario es el primer paso para que una literatura consiga modificar los hábitos que la mantienen en lo mostrenco y consabido.

El lema de la revista: *Poesía con el hombre universal*, excluye a toda poesía localista, aldeana, limitada, y, por consecuencia, mostrenca y consabida.

¿QUIENES SON LOS POETAS QUE CONSTITUYEN LA POESIA SORPRENDIDA?

La Poesía Sorprendida la forman tres promociones poéticas distintas.

Rafael Américo Henríquez y Manuel Llanes proceden de una promoción más antigua.

De una promoción intermedia son Franklin Mises Burgos y Aída

Cartagena Portolatín. Ellos pertenecen a la promoción constituida por Manuel del Cabral, Héctor Incháustegui Cabral, Pedro Mir, Rubén Suro, y otros poetas que no vale la pena mencionarlos, por su escasa relevancia.

Hay todavía una promoción más joven constituida por Freddy Gatón Arce, Manuel Valerio, Antonio Fernández Spencer, Mariano Lebrón Saviñón, José Manuel Glass Mejía y Manuel Rueda.

Hace unos sesenta años, por lo menos, que en nuestra lengua se viene hablando insistentemente de generaciones poéticas o de generaciones literarias. Es un concepto que se aplica a la literatura sacándolo de su verdadero contexto y de su función metódica; puesto que la generación es un equipo humano con el que se producen las modificaciones en el curso de la historia. Para determinar las generaciones que se han dado en la Historia de Occidente —esto es: en nuestra Historia— hay que ver en qué momento se produce un cambio radical en la visión y en el modo de actuar humano, y con el cual, indefectiblemente, se constituye una nueva época histórica. Parece que ese momento profundamente modificante del vivir histórico es la filosofía idealista, iniciada por Renato Descartes con el *Discurso del método*. Pero ése es asunto peliagudo y no puede ser tratado ligeramente y con escaso tiempo sin que incurramos en el riesgo de deformarlo.

Es muy probable que la última promoción mencionada constituya una nueva generación poética en nuestras letras; a la que pertenecen también Lupo Hernández Rueda, Máximo Avilés Blonda, Víctor Villegas, Rafael Valera Benítez, Ramón Cifré Navarro, y otros.

¿POR QUE SE UNEN HOMBRES DE TRES PROMOCIONES DISTINTAS EN UNA EMPRESA POETICA COMUN?

Estos poetas se unen porque tienen el mismo propósito de obtener una poesía de valores universales. Se unen porque saben ya que toda adscripción a valores locales, o cualquier tipo de nacionalismo, limita las posibilidades de una mayor expresión humana y del desarrollo de una literatura.

Hubo una cuidadosa y sorprendente selección de esos hombres, y el criterio selectivo fue tomar muy en cuenta, principalmente, el modo de entender la función de la poesía. Para los hombres de esas tres promociones poéticas, el respeto a la libertad es algo funda-

mental; porque ellos saben que sin libertad no puede existir un arte grande que exprese de modo eminente al hombre.

En asuntos sociopolíticos, los poetas sorprendidos condenaron la calamidad del nazismo, que en los mismos días de la existencia de la revista asolaba a Europa y al mismo pueblo alemán con una guerra absurda y cruenta. Los poetas sorprendidos defendieron a los republicanos españoles contra el nacionalismo de corte fascista que imperaba entonces en España. Por otra parte, la revista *La Poesía Sorprendida* no rinde pleitesía al tirano, y nunca dijo que la buena literatura que venía haciendo escritores nuestros surge estimulada por el progreso que impulsa la tiranía, como era costumbre hacerlo en las revistas y periódicos de la época. No incurrió nunca en la debilidad de elogiar, ni mínimamente, al tirano.

Sólo una vez se le menciona en la revista, y fue al celebrar la República Dominicana el primer centenario de su independencia. Y no se le menciona para rendirle ningún homenaje, sino por el cargo de presidente que ostentaba. Así se dijo: "*La Poesía Sorprendida*, en ocasión del Primer Centenario de la República Dominicana y rindiendo homenaje a ella, saluda a su actual Primer Mandatario, S.E. Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, y a su Gobierno".

No se le rinde, pues, homenaje al Mandatario de turno ni a su Gobierno, sino a la República en el primer Centenario de haber sido fundada por el arrojo patriótico de sus hijos mejores.

En un párrafo del artículo inicial de la revista, titulado *Tiempo de cien años*, se dice también que "*La Poesía Sorprendida* saluda, en tan señalada fecha, a los dominicanos —de dentro y de fuera— que laboran en la sensibilidad y la inteligencia, la grandeza dominicana; a los poetas, artistas y científicos extranjeros que trabajan igual grandeza en el territorio de la República, y en particular, al laborioso grupo de españoles republicanos leales. *La Poesía Sorprendida* está, en esta ocasión, con los héroes solitarios y entrañables, grandes y laboriosos de ayer y de hoy, y está con lo profundo y lo alto del pueblo dominicano de ayer, de hoy y de mañana, por una cultura cada vez más honda, nutrida de todos los aires de la cultura universal de todos los tiempos, para crear un acento fuerte, intenso, interior y sostenido de una verdadera cultura en el mañana".

No está *La Poesía Sorprendida* con el tirano que domina el mando de la República; sino con "los héroes solitarios y entrañables", con "lo profundo y lo alto del pueblo dominicano", y todo eso, para crear "una verdadera cultura dominicana en el mañana".

Esto es: se denuncia que en el momento presente en que manda la tiranía no existe esa cultura. La tiranía no puede crear esa cultura, es a los héroes solitarios y entrañables a los que les tocará crearla. En ese texto se dice que la grandeza dominicana la está haciendo los dominicanos de dentro y de fuera.

¿Qué dominicanos —fuera del país— estaban haciendo la sensibilidad y la inteligencia? . . .

Es evidente que hay una velada, pero muy eficaz alusión, a los intelectuales y artistas dominicanos que no podían vivir en su patria; porque la presión de la tiranía lo estaba impidiendo.

Pasarse aproximadamente cuatro años sin rendirle ningún tipo de homenaje al tirano, habla de una resistencia pasiva. Rendir homenaje a científicos, artistas y poetas, “y en particular, al laborioso grupo de españoles republicanos leales”, a los dominicanos de dentro y de fuera, y no al tirano, creemos que define el sentido de resistencia sorda de los poetas sorprendidos contra la tiranía.

Por esa actitud la revista tuvo que ser clausurada antes de cumplirse cuatro años de su existencia; pues comenzaba a ser preocupante en ciertos sectores caníbales del régimen oprobioso. *Entre las soledades* no menciona, en sus cuatro números, al tirano, y nunca se hizo eco de la falaz afirmación de “sus portentosos hechos en bien de la patria”.

En el número tres de *Entre las Soledades*, en las páginas dedicadas a expresar criterios éticos y estéticos y a la presentación de los poetas que colaboran en la revista, se publica el comentario *El poeta y la libertad*. Voy a citar algunos párrafos, por lo candente de su contenido, si se tiene en cuenta, ante todo, en el ambiente político en que se publicaban, rezan así:

“Nunca la inteligencia había sido tan postergada, tan abandonada a su soledad. Nunca, tampoco, en otros tiempos, ésta hubo de realizar tantas empresas heroicas. . .”

“...Sus peores enemigos los tiene en los hombres inteligentes que la sacrifican por el bienestar de una hora o por la falsa alegría de un minuto de riqueza”.

“...Hoy, como nunca, se olvida que el hombre culto, que el hombre inteligente ha de moderar el mando para que de éste resulte

un gobierno, ya que todo gobierno que merezca ese nombre ha de ser educador. . .”

“...El poeta y la libertad han de ser inseparables. El poeta está en la obligación de procurarle la libertad al que la ignora. Sólo el poeta puede traer la buena nueva y el hecho. Un poeta que no ame la libertad, que no proporcione la libertad, podrá serlo todo, menos un poeta. Paul Claudel, el gran católico y lírico francés, apunta en su poema *Las Musas*, en un magnífico verso, esta ansia de libertad que caracteriza la esencia del poeta: “*Que nada esclavo sea mi verso*” —dice—, con verdadera comprensión de que el poeta ha de ser un apóstol de libertades.

Ahora bien: ante un mundo desamparado, en humilde derrota, sólo la voz del poeta habrá de ser una cálida esperanza en el alma y en la desesperación de los hombres”.

En esos párrafos, de un modo muy matizado, con el fin de salvar el riesgo que implicaba hablar de libertad en el país, se dicen cosas tan graves como éstas: “Un poeta que no ame la libertad, que no proporcione la libertad, podrá serlo todo, menos un poeta”.

Ahí está dicho cuál es la principal tarea del poeta en una tiranía o en cualquier lapso de la historia. Por eso se afirma que está “el poeta en la obligación de procurarse la libertad al que la ignora”.

El que ignora la libertad es porque no la posee para su propio disfrute y enseñanza. No se dice en esos párrafos que el poeta ha de enseñarle a conocer la libertad al que la ignora, sino que se afirma que debe procurarle la libertad. El poeta tiene, pues, que ser un forjador de libertades.

En el número inaugural de *Entre las Soledades*, en su primera página se dijo: “En un mundo descarriado, que dio la espalda al ángel y al hombre, nada más es posible la oración o la protesta”.

Un texto no es sólo lo que en él se dice patentemente; sino también lo que en él se calla. Muchas veces importa más “el no decir del texto”. En una tiranía asesina, hubo de tenerse un tacto extraordinario para hablar responsablemente de libertad y para proponer la libertad como deber y tarea del poeta.

Los poetas sorprendidos no sólo se unieron para hacer una poesía universal, sin la cual no se expresan los más altos valores humanos;

sino también para rechazar el ambiente corrompido de la literatura y de los hombres que ponían cotidianamente su talento y su pluma al servicio particular de la tiranía.

Los poetas de *La Poesía Sorprendida* no sólo rechazaron la tiranía en algunos de sus poemas, en donde el sentido tropológico del lenguaje velaba la denuncia; sino que lo hicieron en desnuda prosa, como lo muestran los textos de nuestro comentario. Por los rincones más inesperados de la prosa de la revista surge el dardo denunciador de la tiranía. Para hallar esa denuncia, basta abrir los ojos y leer con cuidado, y teniendo muy presente el riesgo que era escribir en aquella época tenebrosa.

LA POESIA SORPRENDIDA, HOY

La poesía sorprendida no es, simplemente, como se ha visto, una revista de vanguardia poética de una época. *La poesía sorprendida* fue, y es, un conjunto de poetas, de tres promociones, que trajeron a las letras dominicanas un nuevo sentido ético y estético. Con su lema, *poesía con el hombre universal*, se rechaza al poeta que se ha plegado a una feroz tiranía local.

Debemos recordar que el gobierno tiránico se declaraba nacionalista y defensor de la bandera. Se llegó a decir ignominiosamente —para borrar al prócer Francisco del Rosario Sánchez— que el tirano era la bandera misma. Por eso el gran poeta Franklin Mieses Burgos pudo pedir, con sobrada razón, en versos conmovedores, lo siguiente: “*Oh, mi joven amigo, camarada, hay que decirle adiós a todas las banderas que flotan en los altos litorales del mundo como auroras varadas*”.

En ese canto se rechaza cualquier adscripción local; porque limita las posibilidades de una confraternidad humana.

Si las banderas son *auroras varadas*, días que no llegan al hombre, hay que decirles adiós, para crear la bandera que une al hombre con el hombre, y esa bandera que une al hombre es el respeto a la libertad. El hombre universal es el hombre libre que sabe convivir con cualquier otro hombre, sin importarle la raza, la religión o las diferencias políticas. El hombre local, y meramente nacionalista, es un opositor o enemigo de la confraternidad humana.

Eso, y muchas cosas que hoy no tenemos tiempo para decirlas, fue *La poesía sorprendida*, y es *La poesía sorprendida*; porque algunos de sus poetas —aún vivos— siguen escribiendo poemas con el mismo

sentido poético de universalidad y con el ideario de la libertad y el respeto a todos los hombres de la tierra.